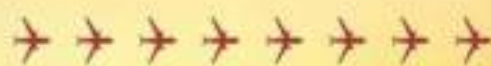




*Un*  
**ETÍOPE**  
*deportista para una*  
**CHICA**  
*de revista*



**RUTH M. LERGA**



*Hacer un viaje de trabajo juntos y a solas va a ser un suplicio... o quizá resulte todo un placer.*

Tras una fuerte discusión con su padre, un ministro del gobierno, que quiere que siga sus pasos, Dase decide marcharse a España a trabajar en Adonis Tours hasta que el clima político cambie en su Etiopía natal. En Madrid se dedica a colaborar en una ONG y a hacer *tour* por África, donde el turismo va en aumento. Cuando una periodista le pide ayuda para un reportaje sobre su país no le queda más remedio que aceptar, a pesar de que aquella alocada mujer tiene poco que ver con alguien como él: formal y sereno.

Almudena vive como una nómada por convicción. Es periodista en la revista de viajes más prestigiosa del mundo y, cuando le surge la oportunidad de hacer un documental sobre Etiopía para la sección de televisión, acepta ilusionada y comienza a documentarse a fondo. Sabe que en la asociación del barrio hay un etíope que organiza viajes y que, sin duda, podría ayudarle a dar un enfoque fresco y diferente al que puede ser su ascenso definitivo. Pero cuando conoce al atractivo Dase, comienza a pensar que aquella va a ser, también, la aventura de su vida.

¿Será cierto que los polos opuestos se atraen? Solo así podría explicarse por qué cada vez que el tranquilo y sensato Dase y la alocada y divertida Almudena se miran, todo lo demás parece desaparecer.

## Índice de contenido

Cubierta

Un etíope deportista para una chica de revista

Dedicatoria

Oferta de trabajo

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

Nota de la autora

Sobre la autora

*A las Ebrias, a todas.  
A las que escriben y a las que leen las novelas y  
se las apropian,  
siendo más dueñas de los personajes que  
nosotras mismas.  
A todas las mujeres que hacen que escribir  
merezca la pena.*

**Oferta de empleo**



*Turistea junto a un coloso y... ¡enamórate del mundo!*

Adonis Tours es un touroperador puntero con base en Madrid, especializado en circuitos a todos los continentes, visitas guiadas, talleres, actividades al aire libre y mucho más.

Básicamente, sabemos hacer de todo y, encima, somos muy muy altos.

Buscamos a cinco Adonis internacionales que midan más de un metro ochenta, con castellano fluido y que sepan mover bien las neuronas, para incorporarse a un equipo dinámico y con ganas de innovar. No se necesita experiencia previa, solo tener «altas miras»...

¿Lo has pillado? Pues suéltalo, que da calambre.

Alojamiento proporcionado por Adonis Tours y contrato indefinido tras el periodo de prueba. Salario a convenir, pero tampoco te pases pidiendo, ¿eh?

**¿Quieres ser un chico Adonis? ¡Contáctanos!**

## Prólogo

### LA CARTA QUE NUNCA LLEGÓ A ADONIS TOURS:

*Estimado Sr. D. Antonio Grande:*

*En documento adjunto anexo mi currículum, pero quería acompañarlo de una carta personal, de mi puño y letra, para que me conozca mejor.*

*Soy Dase Kassahum y nací en Gondar, al norte de Etiopía, hace treinta y dos años, aunque me trasladé pronto a la capital con mi padre, que abandonó a mi madre en la mansión que mi abuelo –propietario de muchas minas de metales preciosos, pero también de gas– les regaló por su matrimonio, ya que para mi progenitor su esposa no era más que una vasija para tener un heredero y una inyección de capital para su arruinada familia de la antigua nobleza etíope.*

*Me definen mi ambición por un futuro mejor para mi país, para lo que no he dejado de formarme desde que aprendí a leer y escribir, y también mi pasión por el deporte: fui seleccionado para las Olimpiadas de Atenas 2004 en media distancia. Para mi desgracia, mis sueños*

*de medalla se evaporaron en un accidente de esquí unos meses antes.*

*En la actualidad, mi progenitor es el ministro etíope de Agricultura y Minería, pero durante años perteneció al cuerpo diplomático, lo que me dio la oportunidad de formarme en diferentes lugares, España principalmente. A pesar de ello, pasaba las vacaciones en las casas de mis amigos del colegio: surafricanos, zimbabuenses, tanzanos, etc.; de ahí que conozca tan bien el continente negro.*

*La etapa que más me marcó fue, precisamente, la escolar, pues estudié en el Alma Mater International School, en Johannesburgo, en aulas reducidas y rodeado de otros jóvenes privilegiados que, como yo, creemos en una África unida y mejor. Seguimos todos en contacto y, algún día, el mundo hablará de nosotros. Hasta entonces, nos esforzamos en continuar soñando.*

*Estudié secundaria en Madrid, de ahí que conozca tan bien el idioma; y vuestro equivalente a DADE –Derecho y Administración y Dirección de Empresas– en la Regent's Business School de Londres, más un grado en Diplomacia en París.*

*De todo mi historial se desprende la cantidad de idiomas que hablo: amárico, somalí, árabe, inglés, francés, español y algo –muy poco– de chino.*

*El siguiente paso natural para mi carrera consistía en trabajar en las Naciones Unidas, para lo que necesitaba ser enviado por el primer ministro etíope, viejo amigo de mi familia, pero mi padre ha maquinado otros planes para mi vida: pretende que sea el ministro de Economía de un Gobierno en el que no creo.*



*Así que, después de discusiones varias que incluyeron que se me retirase el pasaporte diplomático, tenía dos opciones: trabajar en el holding de mi abuelo o empezar de cero en otro lugar, alejado de los tejemanejes de quienes quieren dirigir mi vida, y esperar un cambio en el clima político de mi país.*

*Madrid encaja a la perfección con mis planes de futuro y me ofrece un presente, así que...*

FIN DE LA CARTA (que Dase arrugó y lanzó, frustrado, a la papelera de reciclaje; a pesar de que en Adís Abeba todo iba a parar al Koshe).

#### LA CARTA QUE SÍ LLEGÓ A ADONIS TOURS:

*Estimado Sr. D. Antonio Grande:*

*En documento adjunto anexo mi currículum, pero quería acompañarlo de una carta personal, de mi puño y letra, para que me conozca mejor.*

*Soy Dase Kassahum y nací en Gondar, al norte de Etiopía, hace treinta y dos años, aunque me trasladé pronto a la capital.*

*Debido a las circunstancias laborales de mis padres, he viajado mucho y conozco bien el continente africano, en especial las áreas centro y sur, aunque también he visitado la zona norsahariana y he estudiado su historia.*

*Tengo una licenciatura en Económicas por una universidad londinense, aunque lo que mejor me define es mi pasión por el deporte. Quizá, como consecuencia de ello, busco una empresa dinámica en la que poder trabajar en*

*equipo y, por lo que he visto en su web, creo que Adonis Tours podría darme esa oportunidad.*

*Por mi parte, les ofrezco mis conocimientos de África, así como de idiomas, y un compromiso de altura: 1,83cm.*

*Deseando recibir noticias tuyas, reciba un cordial saludo,*

*Dase K*

## Capítulo 1

Ya desde la puerta, me volví a despedirme de mi colega.

–Me marcho, Pablo. Si no pasa nada, mañana por la tarde nos vemos.

Algunos de los que estaban abajo, charlando o jugando a las cartas sentados sobre alfombras raídas pero limpias, me dijeron adiós en varios idiomas distintos.

–Yo vendré por la mañana, así que, cualquier cosa, mándame un wasap. Buen finde, Dase.

Era viernes, por fin. Salía en ese momento de la ONG en la que echo una mano siempre que tengo ocasión. En el Latina, el barrio donde habito –como diría el poeta Sabina–, hay un local enorme compuesto de planta baja y entresuelo que alguien prestó años atrás a una asociación de vecinos y donde, actualmente, un grupo de voluntarios ayudamos a los inmigrantes subsaharianos a establecerse en España, a conseguir «papeles» y trabajo, pero también, y sobre todo, les ofrecemos un techo bajo el que refugiarse.

Me gusta ir allí, me siento en contacto con mi país, que hace ya demasiado tiempo que no piso. De ahí que cada vez pase más tiempo en la destartalada planta baja; arriba hay otra sala, también diáfana, llena de colchones y con un excusado y algunas duchas. Además de ayudar a otros menos afortunados que yo, la Casa Nueva me permite

practicar el francés y el árabe, pues pocos compatriotas míos eligen España como país de destino si emigran, por lo que rara vez uso mi lengua materna, el amárico, aunque en Etiopía se hablan muchos más idiomas, tantos como tribus hay. También puedo estar en contacto con mis raíces y no olvidar mis objetivos ni mis sueños. Llevo muchos meses ya en España y, desde entonces, solo he estado en África ocho veces, todas ellas por trabajo, y ninguna en Etiopía, todas en el norte.

Hablando de proyectos –decir que persigo mis sueños suena a utopía y yo no soy santo Tomás Moro–, el siguiente gran paso en mi agenda personal, que lleva ya más de un año de retraso, es trabajar en Naciones Unidas, aunque en ese sentido no debería quejarme, pues puedo decir que vivo en una especie de sede reducida de la gran organización multicultural donde se requiere una gran dosis de mano izquierda, ya que comparto mesa y mantel –y comida, piscina de plástico, baño y los servicios de Duscha, entre otras muchas cosas– con un australiano, un escocés, un italiano y un noruego, así, en orden alfabético, tan políticamente correcto soy.

Quizá alguien esté pensando que parece más bien la sede de la Unión Europea, pero solo Italia forma parte de dicha institución, que a veces se me olvida la diplomacia y me convierto en un pedante sabelotodo. Me contengo, claro, me gusta tener amigos y no se puede ir de ese palo por la vida, la gente aborrece a los listillos. Pero soy una especie de enciclopedia con patas, tengo una memoria infinita y curiosidad por todo.

En cuanto salí, puse rumbo a Adonis House, como los compañeros de la agencia de viajes bautizamos a nuestro hogar, a ver qué se cocía por allí, a pesar de que era viernes y yo joven. Era apenas un paseo de diez minutos andando y me gustaba el ambiente de mi barrio, lleno de pequeños comercios y caras conocidas. Era un minúsculo pueblo en una ciudad enorme.

Marisa, la recepcionista de la agencia de viajes en la que trabajo, me detuvo nada más entrar en la casa.

–Han traído tu ropa del tinte: está encima de tu cama. –Explotó una pompa enorme de su chicle de fresa antes de seguir hablando–. No soy tu chica para todo, mi trabajo no consiste en dejarte la ropa planchadita encima de la cama.

Su trabajo consiste, hasta donde yo sé, en cuidar de su conejo –¡atención!, tiene uno de verdad, como Bugs Bunny pero a cuatro patas, siempre que me refiera al conejo de Marisa lo llamaré Bandido, para que no haya malentendidos–. Pues eso, hasta donde yo sé, su trabajo consiste en cuidar de Bandido y en acumular reclamaciones de los trabajadores. Había visto una de 2003, así que no tenía grandes esperanzas de que arreglasen el agua de las duchas, que salía demasiado fría o caliente a decisión y diversión de la caldera. No descartaba que las herramientas de Erik, el noruego, hubieran tenido algo que ver en ese fenómeno, que cada vez se agravaba más. Le gustaba más el bricolaje que a un niño una caja de petardos. Y era igual de peligroso, a veces.

Iba a poner un pie en el primer escalón cuando intuí lo que estaba por llegar.

–¡Cabrones! –Era el grito de guerra de Tane, lo que me hacía pensar que alguien iba delante de él–. ¡Voy a cortarte las pelotas, Alonso de Entrerríos!

Como había supuesto, Erik el vikingo apareció como si lo persiguiese el mismísimo Odín –aunque diría que el australiano era más como Loki, el dios del engaño– perseguido por una visión de rastas enfurecidas.

–¡Para eso vuestra merced tendrá que alcanzarme antes! –se burló el gigante rubio, saliendo a la calle cagando leches.

Había que ser valiente para cabrear a la mole humana que el australiano de origen maorí representaba, pero es

que Erik es también una especie de montaña andante, aunque en este caso fuera una montaña a la carrera.

Conté hasta cinco antes de retomar las escaleras, por si acaso el escocés –el tercero en discordia siempre que alguien hacía una trastada– aparecía detrás, en busca de diversión gratis. Esa semana habíamos estado los cinco en la casa y éramos muchos para un lugar tan pequeño; muchos y muy gamberros.

Cuando entré en la sala común que hacía las veces de recibidor, comedor, cocina, sala de televisión y estudio, si apurábamos, Stefano reía por lo bajo, negando con la cabeza.

–¿Qué han hecho esta vez?

–El banco de la cocina estaba lleno de trastos y Sean y Erik necesitaban cortar el salmón, al parecer ha acabado de ahumarse. –Torcimos los dos el gesto; la lavandería y también dormitorio de Arnold, el okupa austríaco, taller y trastero, había sido transformado para albergar, además, un ahumadero de salmones; aquella casa se asemejaba a una navaja suiza, que ofrecía cientos de usos–. No tenían dónde cortar las piezas para envasarlas y han pensado que a Tane no le importaría que usasen su tabla de surf.

Solté una carcajada. Tane rara vez perdía de vista aquella tabla, era la niña de sus ojos... después de Olivia, claro.

–Total, como los salmones son peces y ese trasto está destinado al mar...

–Eso habrán pensado los otros dos –rio también el italiano.

De los cinco Adonis, los más serios éramos Stefano y yo. Eso significaba que no participábamos en actividades tales como lanzar un queso por la ladera más inclinada del parque y bajar corriendo a por él o intentar pescar en el Manzanares, aunque cuando teníamos ocasión los acompañábamos y nos divertíamos tanto o más que ellos con cada una de sus locuras.

—¿Sean? —Faltaba el quinto Adonis, el tipo de Inverness que había esperado encontrar tras el noruego y el australiano; éramos cinco amigos, como los cuatro jinetes del Apocalipsis con un *bonus track* sobre un caballo a cuadros y un instrumento capaz de las mayores torturas—. No oigo la gaita.

El tercer gigante tenía mil excusas para tocar aquel instrumento del demonio: espantar espíritus, la danza de la lluvia, la del amor... Lo que nos daban a nosotros mil excusas para asesinarlo. Lástima que nos cayese tan bien.

—Nos libramos porque se ha ido al cine con Carolina, si no, tendrías la banda sonora del infierno de fondo.

Me encogí de hombros; antes o después cierto trasto endiablado sufriría un accidente irreparable.

—Voy a por mi ropa —dije a modo de despedida—, Marisa me ha dicho que me la ha dejado encima de la cama.

Stefano se sulfuró.

—¿Te ha dicho eso? ¡¿Será capaz?! Me la ha dado a mí para que la subiese.

—¡Vaya! —Aunque no tenía razones para sorprenderme; pensar que Marisa se había tomado la molestia era como creer en el Ratoncito Pérez—. Gracias.

De nuevo, negamos los dos con la cabeza. En Adonis House, el que no corría, volaba.

Entré en mi pequeño dormitorio, amueblado a mi gusto excepto por la cama, que era de metro ochenta y me colgaban los pies, pero no cabía una mayor, y guardé mis trajes en el armario con diligencia. Mantenía la costumbre de vestir de tres piezas. Empecé en el colegio; en el instituto el uniforme contenía una americana, aunque sin chaleco; y en la Escuela de Internacionales seguí con ellos: Armani de diario, Tom Ford para las ocasiones especiales.

Los cuidaba muchísimo: nunca pasaban de moda y costaban, como mínimo, el sueldo de un buen mes en Adonis Tours. Mi colección de corbatas de seda era también envidiable, aunque no tan extensa como me gustaría,